

Finalmente, y dado que en la encíclica se califica al *individualismo salvífico* y al *espiritualismo salvífico* como la perversión de la auténtica esperanza⁷¹, hay que mencionar la relevancia que la escatología contemporánea atribuye al sentido colectivo de la bienaventuranza. Resucitar como miembros del cuerpo de Cristo resucitado afecta a dos cuestiones igualmente decisivas: la de su emplazamiento postrero vinculado a los acontecimientos escatológicos finales y la de la naturaleza social de la vida eterna. Respecto a la primera recordamos el enorme peso que tienen en la tradición de la Iglesia los acontecimientos finales, hasta el punto de que sólo el culto a los santos y la oración por los difuntos abrió una línea de reflexión sobre el disfrute inmediato de la bienaventuranza, que cristalizaría tardíamente en la Bula *Benedictus Deus* de Benedicto XII (1336). La resurrección al final de los tiempos como miembros del cuerpo resucitado de Cristo hace que se relativice el lenguaje intermedio que habla de una "resurrección en la muerte"⁷² e incluso el que parece hacer superfluo el conjunto de *parusía*, juicio, resurrección de los muertos y cielo y tierra nuevos. En relación con la segunda cabe afirmar que es precisamente la doctrina de la *comunidad de los santos*⁷³, tal como la ha vivido y comprendido la Iglesia, la que funda una comprensión de la vida eterna eminentemente comunitaria que evita el peligro del individualismo salvífico⁷⁴.

En conclusión, podemos afirmar que la aportación de la segunda encíclica de Benedicto XVI tiene un indudable interés para la comprensión y revitalización de la esperanza cristiana. Y esto porque se apoya en una meditada reflexión escatológica que, dado su amplio conocimiento de la materia, aborda de forma innovadora tanto en lo referente al intento de reconstrucción del imaginario cristiano sobre la vida eterna o, como el mismo dice, de una nueva comprensión del cristianismo a partir de sus propias raíces, como a la consolidación de una auténtica teología de la esperanza que devuelva al hombre de nuestro tiempo a la gozosa contemplación de su futuro en Cristo Jesús. La activación de una esperanza lúcida ha de ser inversamente proporcional a la desafección con la que muchas veces los mismos cristianos vivimos nuestra fe en la resurrección de los muertos y en la vida eterna. La encíclica contribuye enérgicamente a este cambio de actitud con una reflexión que, no sólo hay que valorar por su aportación pastoral y espiritual, sino también por su propuesta teológica fundamental y categorial.

⁷¹ *Spe salvi*, n° 16.

⁷² Comisión Teológica Internacional, *Algunas cuestiones actuales de escatología...*: "La parusía de Cristo, nuestra resurrección", n° 2.

⁷³ *Ib.*, "El consorcio vital de todos los miembros de la Iglesia en Cristo", n° 7.

⁷⁴ Cf. J. L. Ruiz de la Peña, *La pascua de la creación...*: "socialidad y mundanidad del hombre divinizado", 217-220.

"Palabra de fuego" o "Palabra de agua"

Lectura de Jeremías y Deutero Isaías en clave actual

Rev. Aragon. Teol. 32 (2010)

Pedro Ignacio Fraile Yécora
Profesor de Antiguo Testamento del CRETA-Zaragoza

El profeta es el «hombre de la palabra». Una palabra que no es suya, sino de otro, de Dios. En consecuencia, el «profeta» es el hombre que «escucha» la palabra. Nadie como el profeta encarna el mandato del Deuteronomio: «escucha, Israel, el Señor es tu Dios».

Sin embargo, como sucede otras veces, no se puede reducir el mensaje bíblico a un único modelo. La Escritura nos muestra dos profetas que reaccionan de forma distinta ante la palabra que hay que escuchar y que, consecuentemente, ofrecen dos posibilidades de estar atentos.

Por el carácter mismo de la Escritura, Palabra de Dios para nosotros, hoy, los dos modelos que encontramos en Jeremías y en el Segundo Isaías reflejan dos realidades y posibilidades a la hora de que el creyente actual se ponga en «actitud escuchante» ante el Dios que nos habla.

Jeremías representa al creyente herido por una palabra que se le impone con fuerza y ante la que se quiere rebelar. Sin embargo, no puede callar. Sentimientos aparentemente contradictorios, que vive de forma casi trágica.

El Segundo Isaías mira al presente, el destierro, pero se abre al futuro: ¡hay esperanza! La palabra de Dios se abre camino en medio de las sombras y de los atisbos de desesperación a los que lleva un exilio prolongado.

«Palabra de fuego»: Jeremías, «abrasado por la palabra»

El texto del profeta Jeremías comienza, como bien sabemos, con el relato de su vocación. Se aceptan comúnmente tres partes distintas que la constituyen: la llamada, la consagración y la misión. De ellas la central es la consagración, formada por el rito de tocar la boca, órgano de la palabra hablada, y por la fórmula: *'yo pongo mis palabras*

en tu boca' (Jer 1,9) que se repite en otros textos bíblicos (cf. Is 51,16). Las palabras no pertenecen al profeta. El profeta es sólo un vocero, un portavoz, un mediador de Dios.

El Señor extendió su mano, tocó mi boca y me dijo:

"Yo pongo mis palabras en tu boca.

*Mira, en este día te constituyo
sobre las naciones y sobre los reinos
para arrancar y destruir,
para derribar y deshacer,
para edificar y plantar". (Jer 1,9).*

La palabra de otro, la de Dios, configura la vida del «hombre profeta», como indica la etimología misma. Dios le elige, le toma del todo, le comunica su palabra, y vela para que se cumpla.

El Señor me dijo: "¿Qué ves, Jeremías?". Respondí: "Veo una rama de almendro".

El Señor me dijo: "Bien has visto, porque yo velo por mi palabra para que se cumpla". (Jer 1,11-12).

La vocación inicial es sólo un anuncio de lo que será toda su vida. Con ellas tendrá que denunciar aun a costa de ser rechazado por los suyos, tendrá que enfrentarse a los falsos profetas (Jer 28). La vocación profética de Jeremías va unida a su tragedia personal.

El pueblo no escucha las palabras de Dios

La denuncia constituye en buena parte el mensaje del profeta Jeremías: tiene que denunciar repetidamente el pecado de su pueblo; su mensaje contra una fe supersticiosa en el Templo le atrae tanto el odio del pueblo como de los sacerdotes; su denuncia de la política errada del rey Joaquín le lleva a la cárcel.

En el «oráculo de condena» que encontramos en los profetas bíblicos se suelen distinguir, si bien con variantes, tres partes o elementos constitutivos:

- a) denuncia del pecado.
- b) amenaza de castigo.
- c) anuncio de condena.

El libro de Jeremías no sigue este esquema, pero sí que podemos descubrir cómo la expresión «no escuchar las palabras de Dios» se pueden leer a la luz de los tres elementos indicados. Debemos añadir por otra parte, que esta expresión sólo aparece en Jeremías en estos textos indicados.

a) Denuncia del pecado. Jeremías lo expresa apelando a la alianza, tema central en la teología de Israel. El pueblo, dice el profeta, ha «violado la alianza» pues se ha ido con dioses extraños al Señor para servirlos. Este lenguaje de fuerte contenido sexual nos recuerda al del profeta Oseas.

*Han reincidento en las iniquidades de sus antepasados,
que se negaron a escuchar mis palabras;
también éstos se han ido tras dioses extraños para servirlos.
La casa de Israel y la casa de Judá
han violado mi alianza
que yo había hecho con sus padres". (Jer 11,10).*

b) Amenaza de castigo. Cuando Jeremías predica son los últimos días de la ciudad de Jerusalén antes de la destrucción a mano de los babilonios. No han aprendido la lección que supuso la desaparición del Reino del Norte y de todas sus tribus. Dios les echa en cara que ni escuchan la Ley de Dios ni la voz de los profetas. Jeremías se ve obligado a pronunciar un mensaje de amenaza que incluye tanto la destrucción del Templo, lugar de la presencia de Dios, como de la ciudad santa de Jerusalén. La razón que esgrime para este castigo es la misma que hemos visto unas líneas anteriormente: «no escuchar las palabras de Dios». Todavía están a tiempo, pues se trata de una amenaza condicionada: si no me hacéis caso, si no escucháis. Dios se toma su tiempo y da tiempo al pueblo para que se convierta.

*Esto dice el Señor:
Si no me hacéis caso, siguiendo la ley que yo os prescribo,
y no escucháis las palabras de mis siervos los profetas
que yo os envío incesantemente y a quienes no habéis escuchado,
trataré a este templo como a Silo y haré de esta ciudad una maldición para todas
las naciones de la tierra". (Jer 26,4-6).*

c) Anuncio de condena. Al final Dios anuncia un castigo irreversible. Dios no es el culpable, pues por dos veces deja claro Jeremías que el motivo es que el pueblo no quiere oír al Señor. También en esta ocasión la razón que se esgrime es la misma. En este caso habla de endurecimiento y de negativa del pueblo.

*"Esto dice el Señor todopoderoso, Dios de Israel:
Yo traeré sobre esta ciudad y sobre sus ciudades anejas
todas las calamidades con las que le he amenazado
por haberse endurecido
negándose a escuchar mis palabras (Jer 19,15).*

Misión del profeta hecha carne y vida: el «fuego» de la palabra

El libro de Jeremías recoge varios lugares donde es rechazado explícitamente el profeta. Él se vive a sí mismo como alguien que tiene que vivir de forma no deseada su soledad.

Jamás he ido a divertirme a una reunión de burlones; bajo el peso de tu mano he estado solitario, pues tú me habías llenado de tu ira.
(Jer 15,17 –segunda confesión–).

En uno de los textos Jeremías se queja de cómo han planeado no sólo no escucharle sino incluso atentar contra él.

Ellos han dicho: "¡Venid, tramemos un atentado contra Jeremías, pues no ha de faltar por eso del sacerdote la enseñanza, ni del sabio el consejo, ni del profeta la palabra! ¡Ea, matémosle con la lengua; no prestemos atención a ninguna de sus palabras (Jer 18,18).

De las cinco confesiones que se identifican en el profeta Jeremías, dos de ellas, la segunda y la quinta, recogen la experiencia de la palabra de Dios en la vida del profeta¹. Aparentemente son contradictorias, pero si se leen en conjunto son un reflejo claro de la tensión que supone la vida profética. La segunda confesión refleja el deseo ardiente de escuchar la palabra divina:

*Cuando recibía tus palabras yo las devoraba;
Tus palabras eran mi delicia, la alegría de mi corazón,
pues tu nombre se invocaba sobre mí,
oh Señor Dios omnipotente. (Jer 15,16).*

Sin embargo, en la quinta confesión el profeta quiere renegar de ser un hombre consagrado a Dios y a su palabra. Para él no es motivo de «alegría», sino que han pasado a ser motivo de «burla» diaria.

*Pues cada vez que hablo tengo que gritar y proclamar:
"¡Violencia y ruina!".
La palabra del Señor es para mí
oprobio y burla todo el día.*

A continuación, en esta misma quinta confesión, Jeremías usa la metáfora del «fuego» para expresar simbólicamente y con vivacidad cuál es su experiencia, si bien

¹ Primera confesión, Jer 11,18-12,6; segunda, Jer 15,10-21; tercera, Jer 17, 1418; cuarta, Jer 18, 18-23 y quinta, Jer 20,7-18.

no es la primera vez que la usa. A lo largo de su obra esta comparación «palabra-fuego» la encontramos en tres textos: Jer 5,14; 20,9; 23, 29².

La primera de las tres apariciones la encontramos en la experiencia vital del profeta, haciendo referencia a su vocación y a su misión. No sería difícil extrapolar esta experiencia a la de tantas personas que viven su misión como un fuego que no puede extinguir.

*Por eso así habla el Señor, Dios todopoderoso:
He aquí lo que va a ocurrir por haber afirmado tales cosas.
Yo pondré mis **palabras** en tu boca como un **fuego**,
y haré de este pueblo leña que él devorará. (Jer 5,14).*

El segundo texto forma parte de la quinta confesión. Ante la dura realidad que le lleva incluso a renegar de su fe, el profeta describe la palabra como fuerza que le quema interiormente, que le «abrasa» y que no lo puede contener. En este caso el profeta dice que no quiere «hablar» más en nombre de Dios.

*Yo me decía: « No pensaré más en él,
no hablaré más en su nombre».
Pero había en mi corazón
como un **fuego** abrasador
encerrado en mis huesos;
me he agotado en contenerlo
y no lo he podido soportar. (Jer 20,8-9).*

Por último este binomio lo encontramos en la denuncia de los falsos profetas. Dios mismo reclama para él la fuerza, el vigor y la rotundidad de la palabra.

*El profeta que haya tenido un sueño, que cuente su sueño.
Y aquel que ha recibido mi palabra,
que anuncie fielmente mi palabra.
¿Qué tiene que ver la paja con el grano? —dice el Señor—.
¿No es **mi palabra como el fuego**,
como el martillo que deshace la roca? (Jer 23,28-29).*

² Podemos ver un paralelismo de la metáfora que une el ardor de la palabra con el del fuego en el elogio que el Sirácide hace del profeta Elías: *El profeta Elías se alzó, como un fuego; su palabra era ardiente como una antorcha. Él trajo sobre ellos el hambre, y en su celo los redujo a un pequeño número. Con la palabra de Dios cerró los cielos, y por tres veces hizo bajar fuego. ¡Qué admirable fuiste, Elías, en tus portentos! ¿Quién podrá presumir de parecerse a ti? (Eclo 48,1).*

La mayor de las trampas: la ambigüedad y la duda

Jeremías primero (Jer 23) y posteriormente Ezequiel, denuncian a los falsos profetas que engañan a la gente. Son los profetas que contentan al pueblo porque les anuncian que tendrán «paz», que no les va a llegar la desgracia, que pueden seguir con su vida porque a Dios no le importa lo que hagan. Pero la palabra de Dios no tiene la misión de ser un sedante, de ser «apafafuegos», sino que es como el fuego que devora y tritura incluso la roca. Cuando una palabra sea agasajadora, sea innecesaria, sea irenista, no es de Dios. Jeremías pide al pueblo, de parte de Dios, que «no escuchen sus palabras».

'Esto dice el Señor omnipotente: No escuchéis las palabras de los profetas, porque os engañan; os cuentan visiones de su fantasía, no de la boca del Señor. Dicen a quienes desprecian la palabra del Señor: "¡Tendréis paz!", y a todos los que siguen el capricho de su corazón: "¡No os sobrevendrá ningún mal!". Pero ¿quién ha asistido al consejo del Señor? ¿Quién ha visto y oído su palabra? ¿Quién ha prestado atención a su palabra y la ha escuchado?' (Jer 23,9).

No basta con que alguien se presente como profeta, pues este título nadie se lo puede otorgar a sí mismo. Sólo es profeta el que ha sido enviado; sólo lo puede conceder el Señor; y lo puede quitar.

'Por eso, estoy contra los profetas -dice el Señor- que se roban mutuamente mis palabras. Estoy contra los profetas -dice el Señor- que no tienen más que abrir su boca para proferir oráculos.

Me levanto contra los profetas que profetizan sueños mentirosos -dice el Señor- y, contándolos, desorientan a mi pueblo con sus mentiras y sus extravagancias. Yo no los he enviado ni les he confiado mis órdenes, y ellos no sirven de nada a este pueblo -dice el Señor-'. (Jer 23,30-32).

Dios no soporta que manipulen sus palabras. Dios mismo le pide a Ezequiel que denuncie a los falsos profetas, que se enfrente a ellos.

'El Señor me dijo: "Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel, habla y anuncia a los que profetizan por su propia cuenta: Oíd la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios: ¡Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio espíritu y no ven nada! Como chacales entre las ruinas son tus profetas, oh Israel. (...) Tienen visiones falsas y profetizan mentiras los que dicen: ¡Oráculo del Señor!, sin que el Señor los haya mandado, ¡y esperan que se cumpla su palabra! ¿No es cierto que tenéis visiones falsas y anunciáis presagios mentirosos cuando decís: Oráculo del Señor, siendo así que yo no he hablado? Por tanto, esto dice el Señor Dios: Porque vuestras palabras son falsas y vuestras visiones mentirosas, yo me pongo contra vosotros, declara el Señor Dios'. (Ez 13,1-8).

Por el contrario, frente a los «profesionales» de la profecía que la manipulan buscando sus intereses y poniendo a Dios como garantía de algo que él nunca ha dicho, el Tercer Isaías nos regala un texto precioso. Dios se fija en el pobre que se estremece ante su palabra. De nuevo aparece la paradoja que atraviesa de parte a parte la Escritura:

*'Esto dice el Señor: El cielo es mi trono
y la tierra el escabel de mis pies.
¿Qué casa podríais construirme,
y qué lugar para reposo mío?
Todo esto lo ha hecho mi mano,
y mío es todo ello -dice el Señor-.
Pero aquel en quien fijo yo mis ojos es el humilde,
el de contrito corazón, que tiembla ante mi palabra' (Is 66,1).*

«Palabra de agua»: Segundo Isaías: fidelidad y fecundidad de la palabra

¡Escuchad!

El creyente judío lo primero que hace al levantarse es recitar el «Shema». Comienza de forma extraña, con una exhortación personal que es una llamada a todo el pueblo santo: «escucha, Israel». Por esa extraña complicidad que da el pueblo, la nación y la religión, el piadoso judío sabe que esa oración se dirige a toda la comunidad. Israel es el pueblo de la «escucha». No es una simple llamada de atención. La escucha supone atender y obedecer: Escucha porque lo que te digo es importante. Escucha para que hagas caso.

El Antiguo Testamento está sembrado de estas llamadas de Dios. Es verdad que la primera vez que la encontramos es en el quinto de sus libros, según el orden en el que están coleccionados y editados desde la antigüedad, el Deuteronomio.

*'Y ahora, **Escucha Israel** las leyes y prescripciones que te voy a enseñar y ponlas en práctica, para que tengáis vida y entréis a tomar posesión de la tierra que os da el Señor, el Dios de vuestros padres². No añadiréis ni suprimiréis nada de las prescripciones que os doy, sino que guardaréis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, tal como yo os los prescribo hoy. (Dt 4,1-2).*

De nuevo volvemos a encontrar un poco más adelante un texto semejante, sólo que ahora la escucha hace referencia a un término fundamental para comprender la Biblia, la «alianza». Otro detalle importante del texto que sigue es la insistencia en que esta alianza está en vigor, que es para los que la escuchan «hoy».

*Moisés convocó a todo Israel y les dijo: "**Escucha Israel** las leyes y mandamientos que **hoy** proclamo ante vuestros oídos. Apréndelos bien y cuida de ponerlos en práctica.*

*El Señor, nuestro Dios, hizo con nosotros **alianza** en el Horeb. No hizo el Señor esta **alianza** con nuestros padres; la hizo con nosotros, los mismos que todavía **hoy** vivimos aquí. (Dt 5,1-3).*

De esta «escucha obediente» de la Ley depende la felicidad o el fracaso estrepitoso del pueblo.

Éstas son las leyes, mandamientos y preceptos que el Señor, vuestro Dios, me mandó enseñaros para que los pongáis en práctica en la tierra en la que vais a entrar y a poseerla; para que temas al Señor, tu Dios, tú y tus hijos y tus nietos, guardando todos los días de tu vida todas las leyes y mandamientos que yo te impongo hoy, y de esta manera viváis largos años.

***Escúchalos**, Israel y procura practicarlos, para que seas dichoso y te multipliques según la promesa del Señor, el Dios de tus padres, en esta tierra que mana leche y miel. (Dt 6,1-3).*

La recitación del «shema», oración diaria para todo judío, garantiza el memorial diario de la Ley de Dios.

***Escucha Israel**: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Ama al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas Graba sobre tu corazón las palabras que yo te dicto hoy. Incúlcase las a tus hijos y repíteselas cuando estés en casa, lo mismo que cuando estés de viaje, acostado o levantado. Átatelas a las manos para que te sirvan de señal, pónelas en la frente entre los ojos. Escríbelas en los postes de tu casa y en tus puertas (Dt 6,1-4).*

Los salmos son así mismo, testigos privilegiados de esta exhortación de Dios a su pueblo para que le escuche. Son palabras duras porque Israel prefiere el lujo, la abundancia y la inmediatez de las religiones de los pueblos vecinos, al Dios de la historia que les pide que sean fieles a la palabra dada.

***Escucha, pueblo mío**, voy a hablarte;*

***Israel** voy a declarar en contra tuya, yo, Dios, tu Dios (Sal 50,7).*

***Escucha, pueblo mío**, mi advertencia;*

Israel, si quisieras escucharme, no habría en tu casa un dios extraño, no adorarías a ningún dios extranjero. (Sal 81,9-10).

También los profetas, tanto Jeremías (Jer 42,15) como Baruc (Bar 3,9) o Ezequiel (Ez 18,25), recogen esta llamada de atención y obediencia de Dios para con su pueblo.

El primer Isaías recoge en distintos textos, sin orden aparente, la invitación a escuchar a Dios; pero sólo nos vamos a detener, por su importancia en el uso de este término, y por su distribución en el texto, en el llamado Segundo Isaías (Is 40-55)³.

En el **Deutero Isaías** sorprende la insistencia en que el pueblo cautivo, Israel, debe prestar atención al designio salvífico de Dios. La impresión que da es que no les interesa bien porque no creen que haya esperanza y han renunciado a volver a Jerusalén, bien porque consideran que lo mejor que les puede pasar es empezar una nueva vida en Jerusalén. El mensaje del Segundo Isaías no deja que se atonten con una vida lejos del Señor no que renuncien a un futuro que Dios mismo les asegura.

Sorprende la distribución de la llamada a escuchar. Aparentemente hay un equilibrio entre las dos partes que componen la obra. Puede tratarse de una mera casualidad. Sin embargo no es casual que las cinco primeras llamadas se dirijan a Israel mientras que las cinco restantes se dirijan a todos los pueblos.

La **primera parte** del libro (Is 40,12-48,22) se dirige a Israel/Jacob. A ellos se les pide «escuchar»⁴:

*Ahora **escucha** Jacob, siervo mío,
Israel, a quien yo elegí (Is 44,1).*

La primera de las llamadas a escuchar, aunque no se nombre explícitamente a Jacob/Israel, se dirige a ellos, tal como se sobreentiende en el conjunto del poema (cf vv. 24-25). Jacob/ Israel es la que sufre esta sordera y esta ceguera (Is 42,18). No hay, sin embargo, una estructura aparente que pueda iluminarnos.

- | | |
|-------|--|
| 42,18 | Escuchad sordos,
Mirad y ved, ciegos |
| 46,12 | Escuchadme los de corazón indómito,
los que estáis lejos de la justicia. |
| 48,14 | Congregaos todos y escuchad |

La **segunda parte**, del capítulo 49 al 55, se dirige a los pueblos de la tierra, abriéndose en un mensaje universal que va más allá de Israel. De nuevo encontramos con insistencia esta llamada a «escuchar/obedecer» no a lo largo de todo el libro sino en poemas menores que tienen que ver con la salvación de Dios (Is 48;55) y con el Siervo de Yahveh (Is 49; 51). Podemos hacer un repaso rápido de las veces que aparece la llamada a la «escucha» obediente de la palabra de Dios.

³ En el primer Isaías (Is 1-40) encontramos las llamadas al pueblo a escuchar a Dios (Is 6,9; 7,13; 18,3; 32,9); en tres ocasiones pide escuchar la palabra del Señor (Is 1,10; 28,14.23; también Is 1,2).

⁴ Cf. Is 46,3; Is 48,1.12.

Is	DIOS ANUNCIA LA SALVACIÓN
48,2	Escúchame Jacob, Israel a quien he llamado
48,14	Congregaos vosotros todos y escuchad : ¿Quién de entre ellos anunció estas cosas? Mi amigo cumplirá mis deseos contra Babilonia y la raza de los caldeos.
48,16	Acercaos a mí y escuchad esto: No he hablado en secreto desde el principio, desde que esto ha sucedido estoy yo allí. Y ahora el Señor Dios me ha enviado con su espíritu.
SEGUNDO POEMA DEL SIERVO DE YAHVEH	
49,1	Escuchadme islas <i>Atended, pueblos lejanos</i>
TERCER POEMA DEL SIERVO DE YAHVEH	
51,1	Escuchadme los que vais tras el Señor <i>Los que buscáis su salvación</i>
51,4	<i>Atended pueblos</i> <i>Naciones escuchad</i>
51,7	Escuchadme vosotros, <i>Los que conocéis lo que es recto</i> <i>El pueblo que guarda mi Ley</i> <i>En su corazón (Is 51,7)</i>
ANUNCIO DE UNA ALIANZA PERPETUA	
55,2	Escuchadme y comeréis bien <i>Os deleitaréis con manjares</i> <i>Prestad atención, venid a mí</i>
55,3	Escuchadme y viviréis. <i>Sellaré con vosotros</i> <i>Una alianza perpetua</i> <i>Seré fiel a mi amor por David</i>

¿Una estructura en torno a la Palabra?

El conjunto de Is 40-55 ofrece una mayor sensación de unidad y coherencia que el resto del libro de Isaías. Su autor, magnífico teólogo, es también un destacado poeta que domina los recursos de la lengua (amplias construcciones, efectos sonoros, variedad de imágenes) y los géneros proféticos (oráculos de salvación, anuncios de salvación, himnos, pleitos judiciales, diatribas, cantos etc.).

En todo el conjunto de su obra es posible identificar una sólida estructura bipartita enmarcada por un prólogo y un epílogo en perfecta inclusión:

A	PRÓLOGO (40,1-11): Anuncio de un nuevo éxodo.	La palabra de Dios es firme. (Is 40,8)
B	PRIMERA PARTE (40,12-48,22): Liberación de Babilonia. Retorno a Jerusalén. Primer poema del Siervo	Las palabras de los ídolos son vanas (Is 41,26) La palabra de Dios se cumple (Is 44,26) y es irrevocable (Is 45,23)
B'	SEGUNDA PARTE (49,1-55,5): Restauración de Jerusalén. 2º, 3er y 4º Poema del Siervo	Palabra que sostiene al débil (Is 50,4) Palabra que es de Dios (Is 51,16)
A'	EPÍLOGO (55,6-13). Salida de Babilonia: nuevo éxodo.	La palabra de Dios es fecunda. (Is 55,11)

El Segundo Isaías sigue la línea del profeta del siglo VIII, del que toma el nombre, pero a la vez aporta una teología novedosa. Uno de los rasgos de esta teología es, precisamente, que es el primero en reflexionar sobre el valor propio de la «palabra de Dios». Podríamos decir, incluso, que «personifica» la palabra: ella es débil porque se proclama y deja de existir, pero es fuerte porque se cumple. Ella es débil porque el hombre puede fallar, pero es fiel porque Dios no falla nunca.

El segundo Isaías marca tres rasgos de la palabra: es **fiel** y **se cumple** siempre porque tiene como garante al mismo Dios. Por otra parte insiste en su condición de **eficacia fecunda**, de fertilidad:

Hay esperanza

Las estructuras bíblicas piden ser leídas con coherencia interna. Eso es lo que vamos a intentar siguiendo las dos partes, con sus correspondientes prólogo y epílogo, en el que hemos dividido el texto.

El hilo conductor es que hay esperanza porque Dios mismo garantiza ese futuro y porque su palabra es firme y no falla.

A) Prólogo: la palabra de Dios es firme

La palabra de Dios no es 'flor de un día', sino que permanece para siempre porque es Dios mismo quien la sostiene:

*La hierba se seca, la flor se marchita,
pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre. (Dt Is 40,8).*

B) Primera parte: Palabra que se cumple de forma irrevocable

El Señor reivindica con insistencia que sólo él es Dios y que los dioses y los ídolos no son nada. En un pleito contra los ídolos, Dios, el Creador, el Libertador, el *Go'el* de Israel, les echa en cara a los ídolos que sus palabras son vanas, y que nadie les presta atención:

*¿Quién lo anunció desde el principio
para que pudiéramos saberlo?
¿Quién lo predijo de antemano
para que se pueda decir «es verdad»?
Nadie lo anunció, nadie dijo nada
nadie oyó vuestras palabras (Is 41,26).*

Palabra que se cumple

*Yo realizo **la palabra** de mi siervo
cumpla el plan de mis mensajeros
Digo a Jerusalén: serás habitada
a las ciudades de Judá:
Os reconstruirán
yo levantaré sus ruinas (Is 44,26).*

En una época en que todo parece ser 'sí pero no', la palabra de Dios es irrevocable; permanece para siempre.

*Esto dice el Señor, el que creó los cielos, el que es Dios, el que formó la tierra y la creó, el que la estableció y no la creó vacía, sino que la formó para ser habitada (...) Volveos a mí y os salvaréis, confines todos de la tierra, porque yo soy Dios y nadie más. Por mí mismo lo juro; de mi boca sale la verdad, **una palabra irrevocable**: Ante mí se doblará toda rodilla, toda lengua jurará por mí, diciendo: ¡Sólo en el Señor está la salvación! (Is 45,18-24).*

B') Segunda parte: Palabra que sostiene, palabra que es de Dios

En el Tercer poema del Siervo aparece la palabra de Dios que sostiene al débil. Los pueblos que se dirigen a Sión están formados no por ejércitos poderosos y nobles, sino por los pobres que confían en Dios. Dios, con su palabra, le sostiene en su marcha. El discípulo es aquél que se alimenta de esta «palabra» que le regala y que, a su vez, sostiene a los débiles y cansados de su pueblo.